EL REALINEAMIENTO ELECTORAL EN MÉXICO: ELEMENTOS PARA SU ESTUDIO

Marcela Bravo Ahuja

Resumen

El trabajo se ubica en la línea de análisis relativa al realineamiento electoral, que pone de relieve los traslados acentuados y permanentes de las preferencias partidistas en los resultados electorales. La autora revisa los conceptos clave de dicho enfoque, como son: elección crítica, era electoral, desalineamiento; asimismo, discute el análisis de las diferenciaciones regionales, dentro de las cuales destaca diversos indicadores para su medición: tamaño del sistema de partidos, índice de competencia, índice de volatilidad, grado de escisión e índice de dispersión regional.

Abstract

This article is a study about electoral realignments. It focuses on sharp and permanent changes in party preferences and their impact on electoral performances. The author looks at a series of key concepts, including informed electoral choices, election periods and electoral realignments. The article also discusses regional differences and highlights some measures to assess them: the size of the party system, the index of competitiveness, the index of electoral volatility, the extent of divisions and regional dispersion of preferences.

La evolución del análisis del voto

Los estudios sobre la distribución del voto son relativamente nuevos en México; su desarrollo se encuentra asociado a las transformaciones políticas de los últimos decenios, particularmente al aumento en la competencia política, así como a la mayor confiabilidad en las cifras electorales.

En la década de los años setenta, los escasos trabajos de investigación acerca del voto hacían referencia a variables socio-económicas y, en particular, a la distribución de la población en regiones urbanas y rurales, de las cuales se buscaba derivar efectos sobre el comportamiento electoral.

Una década después viene el auge de ensayos que interpretan la participación como una variable dependiente de la cultura política democrática. En ese entonces surgen términos como el de "reclamo democrático" y se retorna al trabajo seminal de Almond y Verba acerca del ciudadano-súbdito.

No va a ser sino hasta la década de los noventa cuando los estudios electorales van a dar un giro que lleva, por un lado, a los trabajos de recopilación e interpretación de series para entender la estabilidad y el cambio en las preferencias electorales y en la distribución del voto, y por otro, a los enfoques sobre coyuntura electoral que pretenden explicar el comportamiento del voto a partir de campañas electorales, candidatos y encuestas de opinión.

Ni duda cabe que son estos segundos los trabajos que han tenido mayor desarrollo, debido probablemente al interés de los partidos políticos por entender la lucha electoral. En cambio, los estudios que asocian las preferencias ciudadanas a variables estructurales han experimentado menor auge, aun cuando su capacidad explicativa sobre el voto es en realidad mayor que aquella que se queda deliberando sobre la coyuntura.

Es en la línea de los trabajos estructurales que se ubican las contribuciones de investigadores tan destacados como Guadalupe Pacheco, Jorge Buendía, Alejandro Poiré, Alejandro Moreno, entre otros, y donde se coloca el presente trabajo.

En efecto, considero que se puede contribuir al estudio sobre la distribución del voto en el país, durante los últimos años, en esta perspectiva que revisa la consistencia de dicha distribución y las variables estructurales que influyen en ella y tienden a estabilizarla. Para ello resulta pertinente el enfoque teórico que sitúa en su eje el denominado realineamiento electoral, que comprende elementos clave que permiten detectar y explicar aquellos casos en que los resultados electorales reflejan cambios acentuados y permanentes en la distribución del voto. De acuerdo a dicha perspectiva teórica, la cuestión relevante es el estudio de los traslados masivos del voto de un partido a otro o hacia el abstencionismo, produciendo no sólo una redistribución más o menos constante del electorado, sino una redistribución del poder político que da origen a lo que se llama “eras electorales”.

Realineamiento y elecciones críticas

El realineamiento electoral se encuentra vinculado a todas aquellas elecciones denominadas críticas, en que ocurren cambios profundos y durables de votantes de un partido a otro o hacia otras formas de participación diferentes a la electoral, produciendo períodos marcados por la reorganización profunda y rápida de las bases de apoyo en los partidos políticos. Por tanto, un realineamiento implica nuevas formas de organización política y representación de intereses.

El concepto de elecciones críticas es uno de los pilares

de la teoría del realineamiento electoral, y se presenta como una precondition de éste. Se puede decir que una elección crítica se da en momentos de amplio debate sobre temas específicos, en un ambiente en el que se recompone la esfera política, produciendo desprendimientos de lealtades y búsqueda de nuevas preferencias electorales.

Dado que el realineamiento supone una modificación duradera en las preferencias electorales, supone también un cambio en los patrones de comportamiento político, que se deriva de un conjunto de fenómenos que van desde los liderazgos, el debilitamiento de las identidades partidarias, la descomposición de los grupos partidarios, hasta la aparición de divisiones dentro de las estructuras de los partidos dominantes.

Por otra parte, discusiones recientes sobre el tema han introducido el concepto de desalineamiento como complemento del realineamiento, y como explicación de lo que tal vez ocurre cuando no se llega al realineamiento total en una elección. El desalineamiento es un fenómeno que refleja la opción ciudadana por otras formas de participación política que la electoral, como son las manifestaciones, o por la exclusión simple de la vida política, y que es resultado de múltiples factores relacionados a un realineamiento inconcluso. El desalineamiento hace que se pierdan de vista los grupos de apoyo partidario previamente identificados y se diluya la identificación partidaria, con lo cual los patrones de votación se hacen más volátiles.

Así, la perspectiva del realineamiento ofrece interesantes posibilidades de aplicación empírica. De hecho, conlleva herramientas útiles para el entendimiento de la vida electoral desde el punto de vista de la agregación de los votos de los ciudadanos, su volatilidad y su estabilidad posterior en períodos determinados. Sin embargo, aunque se han desarrollado importantes investigaciones a partir de dicha corriente en la ciencia

política fuera de México, en nuestro país han sido pocos los intentos por utilizarla, dando origen en algunos casos a imprecisiones conceptuales que identifican realineamiento con movimiento del voto y desalineamiento con abstencionismo (Pacheco, 2000, pp. 311-335), o a ciertos trabajos que consisten en el estudio de elecciones específicas (Reyes del Campillo, 1997) o en la elaboración de historias electorales (Sirvent, 2001).

De los diversos beneficios que se derivan de la aplicación de la teoría del realineamiento cabe señalar, de manera particular, el que no rechaza el análisis histórico en su esquema analítico y lo usa para explicar distintos momentos de la trayectoria electoral de un país, interconectándolos entre sí y con el contexto político y fortaleciendo su capacidad interpretativa. A la vez, y esto es lo más interesante, permite combinar una interpretación histórica y fundamentalmente política de las causas del realineamiento y de sus consecuencias políticas en cuanto redistribución del poder político y conformación del sistema de partidos, con un enfoque de medición de la competitividad, la volatilidad y el abstencionismo, entre otros.

Los problemas de medición

Pese a sus bondades, en el caso de México existen algunas dificultades para llevar a cabo un trabajo sobre realineamiento. La más importante es la poca confiabilidad de los datos electorales, por lo menos hasta el surgimiento de los organismos electorales independientes de los ejecutivos federal y locales. Derivada en parte de lo anterior está además la limitante de no poder llevar a cabo un estudio de larga duración. Creo, sin embargo, que los estudios pueden partir en principio de la información correspondiente a las elecciones presidenciales de 1988,

reflejar ya con cierta claridad movimientos masivos del voto que tienden a estabilizarse en algunos casos y contribuir a la periodización de la historia electoral del país y a la explicación de dichos períodos. En efecto, se pueden examinar las variables que están contribuyendo a la modificación de los patrones de votación que se habían presentado; por ejemplo, las condiciones sociales y económicas, pero sobre todo interesa destacar las variables de carácter político, como pueden ser las características del debate político, o el tipo de candidatos políticos que se presentan en las elecciones o sus mismas campañas.

Ahora bien, una de las mayores dificultades que a mi juicio pueden enfrentar los estudios de realineamiento, radica precisamente en la medición misma. Resulta indispensable contar con elementos confiables para el manejo de los resultados electorales. En especial se requiere de un criterio que permita medir tanto la volatilidad del voto, como su estabilización, la cual significa realineamiento. Lo anterior es indispensable para apreciar el momento en que el voto flotante ha alcanzado un equilibrio. Sólo con elementos de medición adecuados se puede demostrar la constitución de un nuevo orden electoral y establecer los casos en que el electorado se encuentra aún en proceso de reacomodo de sus lealtades partidistas; es decir, en proceso de realineamiento. Esta es la vía para poder diferenciar las elecciones críticas de aquellas elecciones que, a pesar de representar modificación del voto, mantienen el carácter de elecciones de conversión, en tanto radicalizan las tendencias partidistas, o de elecciones desviantes que son aquellas que derivan en realineamientos no durables.

Más adelante se presentan algunos indicadores cuantitativos para el análisis comparativo de los sistemas de partidos y de los resultados electorales. Estos indicadores pueden ser aplicados en distintos tipos de elecciones tanto federales como locales.

En efecto, cabe preguntarse sobre las diferencias que existen entre las elecciones federales y las elecciones locales y hasta qué punto el resultado de una elección federal debe verse como el agregado de las opiniones de los ciudadanos en cada localidad. De hecho, la selección de candidatos, su personalidad y la forma en que expresan sus mensajes suelen diferir en ambos tipos de elección; también son diferentes los temas que se manejan durante las campañas, así como la eficacia electoral de los mismos partidos políticos. Por ende, los resultados de las elecciones federales no coinciden casi nunca con el de las elecciones locales en la misma entidad y deben explicarse a la luz de sus contextos. Las elecciones locales reflejan las preferencias de los votantes con respecto a las variables que interactúan a nivel local. Las elecciones federales reflejan las preferencias de los votantes con respecto a las variables que interactúan a nivel nacional.

Además, se sabe por el comportamiento electoral que la política local no es una copia al carbón de la política nacional, y que cada entidad mantiene una autonomía en cuanto al desarrollo de su sistema político local, con respecto al sistema político nacional. Incluso existen acontecimientos que reflejan la posibilidad de mantener una política estatal distinta del desarrollo de la política en el nivel nacional, o del resto de las entidades del país. Este fenómeno se conoce como incongruencia (Gimpel, 1996) y en los estudios sobre realineamiento se expresa a través del estudio del grado de escisión del voto, así como del índice de dispersión del mismo.

La importancia de la aplicación de la teoría del realineamiento al análisis de la transición democrática en México radica fundamentalmente en su capacidad de explicación de la ruptura con la era electoral anterior y el desarrollo de nuevos supuestos básicos que sostienen al sistema político y permiten el funcio-

namiento del Estado. Aunado a ello, dicha perspectiva no sólo permite abordar la continuidad y la discontinuidad entre las etapas electorales, sino también el desarrollo desigual de dichas etapas y la conformación de períodos críticos a través de los cuales se consolidan los realineamientos.

En esta línea convergen otros trabajos que en el caso de transiciones de regímenes autoritarios a democráticos, que es nuestro caso, abordan la cuestión de la distribución desigual de las prácticas y de las instituciones democráticas particularmente a nivel territorial. El Estado se encuentra no sólo fragmentado verticalmente entre distintos niveles de gobierno, sino también horizontalmente entre distintas jurisdicciones espaciales. Esta fragmentación aloja distintos grados de avance democrático, pudiéndose incluso de forma paradójica apoyarse un gobierno democrático a nivel federal en estructuras autoritarias a nivel local. De aquí que el autoritarismo subnacional pueda ser entendido no como un recurso local, sino como parte integral de una dinámica más amplia de gobierno en los regímenes democráticos (Gibson, 2004).

Lo anterior nos lleva a la importancia que cobra en el caso de México el estudio de la forma en la que ciertas tendencias electorales a nivel local pueden sobrevivir a cambios radicales del voto en elecciones federales que derivan en alternancia política a nivel presidencial, dando por resultado contrapesos al Ejecutivo federal, pero sin modificar forzosamente el estilo local de gobierno, incluso fortaleciéndolo al recrear los grupos de poder tradicional (Hernández, 2002).

Los indicadores que incluyo parten de los avances para medir el tamaño del sistema de partidos. De hecho, fue el primer indicador que se trabajó en ciencia política en torno a la temática y resulta crucial en el tipo de estudios aludido, debido a que los procesos de realineamiento afectan precisa-

mente la conformación del sistema de partidos. Por ejemplo, en el caso de México, a raíz de la alternancia en el poder o simplemente como efecto de la pluralidad política, en algunos Estados de la República la redistribución regional del voto ha producido sistemas bipartidistas con mayor o menor competencia; en algunos más, la tendencia es al tripartidismo con alta competencia; en otros, se presenta todavía una dominación de un partido. Además, subsisten Estados donde aún no se logra dilucidar el tipo de sistema de partidos que se está consolidando.

El análisis de los tipos de sistema de partidos que se han conformado es relevante para tipificar las características que la distribución del voto ha tomado y de qué manera el realineamiento o desalineamiento electoral está impactando la política y la recomposición de los grupos sociales. Es así como entre menos fuerte es un sistema de partidos, menos capacidad tiene de canalizar a los grupos de interés, los cuales pueden llegar a rebasarlos y a establecer una relación directa con la instancia gubernamental para lograr sus objetivos.

De hecho, presento varios cálculos posibles que subsisten sobre número de partidos y trato de desarrollar algunos puntos en torno a las limitantes de cada uno de ellos. Más adelante, desarrollo cómo del indicador del tamaño del sistema de partidos se deriva directamente el de competencia electoral, en una de sus versiones, por lo que abordo también la polémica en torno a otras mediciones que se han propuesto.

No podía faltar el índice de volatilidad, el cual resulta clave, tal como señalé, para los estudios sobre realineamiento electoral. De éste se desprende la formulación que establezco para el de escisión del voto. Asimismo, su lógica está también presente en el de dispersión regional, que es el último índice que presento.

Tamaño del sistema de partidos

Al respecto, coexisten varios indicadores posibles, de los cuales conviene precisar las limitantes a efecto de determinar cuál es más conveniente.

1. Porcentaje acumulativo

Este índice, desarrollado por Jean Blondel (1968) agregando el porcentaje de votos de los dos partidos mayores, es el más utilizado. Este autor establece rangos de lo que resulta que una sumatoria del porcentaje de votos de los dos primeros partidos $\geq 90\%$ corresponde a un sistema bipartidista, entre 60% y 89% a un sistema tripartidista y $\leq 59\%$ a un sistema multipartidista.

Blondel no considera los márgenes de diferencia entre el partido mayoritario y la segunda fuerza, lo cual atinadamente critica Douglas Rae (1971). Por lo mismo, este último empieza por afirmar que un sistema de partidos debe de considerarse como de partido dominante si el porcentaje de votos del partido mayoritario es $\geq 70\%$.

Considero que resulta arbitrario fijar el porcentaje de votos a partir del cual conviene caracterizar un sistema como de partido dominante; de hecho, dicho tope debería de depender de la fragmentación de la oposición. Sin embargo, cabe señalar que con posterioridad Rae desarrolla su propio índice, el cual pretende resolver las limitantes del de Blondel.

2. Índice de fragmentación de Rae

Rae incorpora en sus estudios el porcentaje de votos de cada partido y el número de partidos, por lo que permite apreciar tanto el tamaño de los sistemas como la competitividad interpartidista.

El índice de fragmentación de Rae, derivado de los trabajos en economía de Herfindhal (1950), muestra el grado de concentración o dispersión del voto, así como la fragmentación relativa del sistema de partidos en la medida en la que la fórmula se basa en la sumatoria de los cuadrados de los porcentajes de votos de los partidos y, por tanto, penaliza a los partidos conforme son menos relevantes. En efecto, la fórmula es:

$$Fe = 1 - \sum_{i=1}^n T_i^2$$

Donde T es el porcentaje de votos obtenidos por el partido en una elección y n es el número de partidos compitiendo en las elecciones. Para Rae, el índice de fragmentación tendrá un valor de cero en un sistema de partido único; un valor de 0.5 en un sistema bipartidista, y para sistemas multipartidistas su valor se encontraría entre 0.5 y 1.

Una de las ventajas del índice de fragmentación de Rae es que se puede utilizar como alternativa para medir la competitividad electoral. En principio, índices ≥ 0.5 son indicativos de una competencia electoral ajena a los sistemas de partido dominante y por lo menos entre dos partidos.

3. Número de partidos de Laasko y Taagepera

Este índice (1979) se desprende del mismo principio matemático que el índice de fragmentación de Rae y permite traducirlo en un índice concreto que va del 1 al infinito. La fórmula corresponde a:

$$N_e = \frac{1}{\sum_{i=1}^n T_i^2}$$

Donde T es el porcentaje de votos obtenido por el partido y n es el número de partidos contendientes. El número de partidos parlamentarios se calcula sustituyendo el porcentaje de votos obtenidos por el de curules ganadas.

Según diversos especialistas, el índice de fragmentación de Rae es más difícil de visualizar que el índice de Laasko y Taagepera, además de que subestima la diferencia entre sistemas de cuatro o seis partidos. Sin embargo, enfatiza mejor las diferencias entre 1.5 y 2 partidos.

4. Índice Molinar

Por su parte, Molinar (1991) sostiene que el índice de Laasko y Taagepera tiene la debilidad de sobreestimar en ciertos casos el tamaño del partido mayoritario, lo que quiere decir que en los casos en que existe un partido hegemónico los resultados reflejan una competencia electoral ficticia. Por tanto, propone una reformulación que cuenta el partido mayoritario aparte por uno, a lo cual añade el peso relativo de los partidos minoritarios; de tal suerte, que la fórmula queda de la siguiente manera:

$$NP_e = 1 + \left[\left(\frac{1}{\sum_{i=1}^n T_i^2} \right) \left(\frac{\sum_{i=1}^n T_i^2 - T_1^2}{\sum_{i=1}^n T_i^2} \right) \right]$$

$$NP_e = 1 + \left(\frac{1}{\sum_{i=1}^n T_i^2} \right)^2 \left(\sum_{i=1}^n T_i^2 \right)$$

Donde T sigue siendo el porcentaje de votos obtenido por cada partido y n es el número de partidos contendientes y en donde el número de partidos parlamentarios se calcula sustituyendo el porcentaje de votos obtenidos por el de curules ganadas. Como puede observarse, en una parte de la fórmula se toman en cuenta los porcentajes de todos los partidos y en otra parte los porcentajes de todos, excepto el del primer lugar.

Según Molinar, su reformulación considera mejor la brecha entre los dos primeros partidos.

Con todo lo expuesto, son dos los índices interesantes para calcular el número de partidos: el de Laasko y Taagepera y el de Molinar. Mi opinión es que pese a lo cierto de la crítica que le hace Molinar al índice de Laasko y Taagepera, su propuesta no tiene un sustento estadístico suficiente, por lo que conviene hacer ambos cálculos y contrastarlos.

Índice de competencia electoral

Algunos analistas, como Buendía (2003), abordan el estudio de la competencia electoral a través del margen de ventaja del partido ganador sobre el segundo lugar. En particular, éste reconoce cinco márgenes de ventaja: de 0 a 5 puntos, de 5.01 a 10, de 10.1 a 25 y de 25.01 a o más, que van de más competitividad a menos.

Ahora bien, con el afán de permitirse apreciaciones más completas sobre la competitividad electoral que involucren la competencia entre todos los partidos, Padilla (2002) construye un coeficiente de competitividad cuyo cálculo él señala sencillo, mas no lo explica con facilidad. En efecto, afirma que se toma el valor proporcional de cada partido, se restan de forma progresiva y el resultado se resta de 1. La fórmula aparece como:

$$C = 1 - [(P_1 - P_j)]$$

Donde P_1 = proporción del partido ganador

P_j = proporción de los demás partidos

Yo diría que su coeficiente es resultado de restar a 1 la sumatoria de las diferencias entre el porcentaje de votos de cada partido salvo el del último lugar y el porcentaje de votos del partido inmediatamente inferior en votos. Tal fórmula debería apuntarse de la siguiente manera:

$$C = 1 - \sum_{i=1}^{n-1} (P_i - P_{i+1})$$

Donde P_i = porcentaje de votos de cada partido hasta el penúltimo lugar.

P_{i+1} = porcentaje de votos del partido inmediatamente inferior en de votos.

n = número de partidos.

$n-1$ = número de partidos hasta el penúltimo lugar en votos.

Me permito comentar que este coeficiente de Padilla no tiene

sentido, pues en todos los casos su cálculo será igual a 1 más el porcentaje de votos del último partido menos el porcentaje de votos del primero. En efecto:

$$C = 1 - \sum_{i=1}^{n-1} (P_i - P_{i+1})$$

$$C = 1 - \sum_{i=1}^{n-1} P_i + \sum_{i=1}^{n-1} P_{i+1}$$

$$C = 1 - (1 - P_n) + (1 - P_1)$$

$$C = 1 + P_n - P_1$$

No queda más que regresar al índice de fragmentación de Rae que, tal como se precisó, es un indicador de competencia electoral. Su fórmula resta a 1 el coeficiente de varianza de la votación. Así, entre más se acerca su valor a 0, disminuye el nivel de competencia; y entre más se acerca a 1, la competencia es mayor.

Cabe aclarar que el cálculo de Padilla casi coincide en muchos casos con el índice de Rae, pero no es preciso ni correcto. Por eso él no logra explicarse el por qué incluso países con alta competitividad tienen coeficientes que varían entre 0.6 y 0.8. En efecto, por lógica el índice de Rae no puede ser mayor a 1 menos 1 entre el número de partidos, o sea:

$$Fe \leq 1 - \frac{1}{n}$$

Ello debido a que en el caso de máxima competencia de los partidos políticos, en el que todos empataran, su votación sería $\frac{1}{n}$ y luego sucedería lo siguiente:

$$Fe = 1 - \sum_{i=1}^n \left(\frac{1}{n}\right)^2 \qquad Fe = 1 - \sum_{i=1}^n \frac{1}{n^2}$$

$$Fe = 1 - \left(\frac{1}{n^2}\right)n \qquad Fe = 1 - \frac{1}{n}$$

De lo anterior se deriva la limitante que un sistema pueda parecer más competitivo que otro, aunque no lo sea, simplemente por contar con más partidos. Ello explica también, por cierto, la debilidad antes mencionada que señala Molinar en el índice de partidos de Laasko y Taagepera. Considero que una vía para eliminar este problema y poder hacer comparaciones, en los casos de demasiada fragmentación partidista, es medir la competitividad a través del índice de fragmentación de Rae, considerando únicamente la votación de los principales partidos en porcentaje de votos e incluyendo en un mismo rubro a los partidos restantes.

Índice de volatilidad

Por su parte, Pedersen (1979) introduce dos índices nuevos, a saber: el cambio neto total en el apoyo electoral a los partidos, que refleja las transferencias de votos individuales de una elección a otra, y la volatilidad, que es simplemente para el autor

el resultado de las ganancias o pérdidas acumuladas para todos los partidos. Pedersen calcula, por tanto, el índice de volatilidad de la siguiente manera:

$$Vt = \frac{\sum_{i=1}^n \left| \Delta p_{it} \right|}{2}$$

Donde Δ_{it} es el cambio del porcentaje de votos obtenido por un partido entre una elección y la siguiente, y n es el número de partidos compitiendo en las elecciones.

Cabe aclarar que la sumatoria de las diferencias netas totales en el cambio de preferencias electorales se divide entre dos, en tanto los votos que ganan algunos partidos corresponden a los que pierden otros partidos. La volatilidad, tal como se señaló, corresponde a las ganancias acumuladas de los partidos que aumentan sus votos, o lo mismo sería, de las pérdidas acumuladas de los partidos que pierden votos.

El índice de volatilidad de Pedersen ha sido bastante utilizado. En el caso de México lo han aplicado entre otros estudiosos Aranda (2004). El problema radica en cómo establecer los rangos de volatilidad. Este tema ha llevado a una seria discrepancia. Al respecto, cabe indicar que Pedersen establece como baja volatilidad el rango de 0 a 4%, volatilidad media entre 4.01% y 10% y alta cuando la volatilidad es superior a 10%.

Algunos autores han corregido dicha clasificación con opiniones más que diferentes. Así, Carrillo (1989) considera que en caso de partidos políticos en proceso de transición se debe considerar alta la volatilidad cuando es $\geq 40\%$. Según él, se

puede hablar de un probable inicio de consolidación del sistema de partidos cuando la volatilidad se ha reducido alrededor del 10%. Contrasta esta opinión con la de Alcántara (1996), quien establece como tope de baja volatilidad 6.6%, ubica la volatilidad media entre 8.5% y 11.2% y la alta encima de 18%. Buendía, por su parte, determina el rango de 0 a 10% como volatilidad baja, de 10.01% a 20% como media y de 20.01% en adelante como alta.

Cabe señalar que una limitación del índice de volatilidad electoral es su problema para manejar fusiones y escisiones de partidos, en el sentido de que no siempre se puede hacer el seguimiento de los resultados electorales por partido. Sucede lo mismo con las candidaturas de unidad que producen resultados electorales por alianzas. Por tanto, los estudios estadísticos requieren de criterios para desagregar resultados electorales por partido, criterios que no pueden ser, a mi modo de ver, otros que criterios históricos y políticos los cuales deben definirse con puntualidad.

Ahora bien, pese a sus limitaciones, el índice de Pedersen resulta muy relevante. En efecto, cuando sus fluctuaciones son acotadas y relativamente constantes, indican realineamientos electorales básicos. Debe entenderse que la volatilidad difiere entre sistemas políticos. El realineamiento habla de regularidad del índice de volatilidad en un país en el curso de *varias* elecciones. De aquí que resulte un problema aplicarlo en estudios de corta duración, como ya se comentó.

Grado de escisión

Inspirado en el índice de volatilidad de Pedersen, Carrillo estudia el grado de escisión del voto entre elecciones de distinto nivel;

es decir, los cambios de apoyo electoral entre distintos tipos de elecciones. Basándonos en él, la fórmula es la siguiente; por ejemplo, para medir la escisión del voto entre las elecciones presidenciales en un estado y las elecciones para gobernador:

$$EV = \sum_{i=1}^n \left| P_{i,p} - P_{i,g} \right|$$

Donde EV es escisión del voto, n es el número de partidos compitiendo en las elecciones, $p_{i,p}$ el porcentaje de votos por un partido en la elección presidencial y $p_{i,g}$ el porcentaje de votos obtenido por ese partido en la elección para gobernador siguiente. Cuanto mayor sea el grado de escisión, mayor será el grado de nacionalización de la política local.

En principio, como bien señala Carrillo, el grado de escisión debe calcularse en elecciones concurrentes. Sin embargo, como dice Aranda, puede extrapolarse para elecciones no concurrentes y apreciarse precisamente la diferencia de cuando lo son o no lo son; o mejor aún, añadido yo, medir por ejemplo en el caso de México el grado de escisión de las elecciones presidenciales de las locales para gobernador, diferenciando los siguientes casos:

- Las elecciones locales concurrentes con las federales
- Las que se llevan a cabo durante el primer año y medio del gobierno federal.
 - Las que se realizan de entonces hasta las elecciones federales parlamentarias intermedias.
 - Las concurrentes con estas últimas.
 - Las que se llevan a cabo durante el siguiente año y medio.
 - Las que se realizan durante el último año y medio del gobierno federal.

Contar con los resultados por partido y compararlos puede ser interesante, tanto como puede ser comparar los resultados de los distintos estados. Sin embargo, considero que más allá de lo que dice Carrillo, se puede diseñar aún un verdadero índice de escisión del voto que conduzca a establecer rangos de escisión. De tal suerte, propongo la fórmula siguiente para medir la escisión política local de la política nacional, basándonos en los resultados electorales para presidente y los resultados electorales subsecuentes para gobernador:

$$E_l = \frac{\sum_{i=1}^n |P_{i,p} - P_{i,g}|}{2}$$

Donde $p_{i,p}$ corresponde al porcentaje de votos por un partido en una elección federal; $P_{i,g}$ al porcentaje de votos por ese partido en una elección local; n el número de partidos.

Índice de dispersión regional o índice acumulativo regional

Rose y Urwin (1975) establecieron un indicador de dispersión regional del voto, el cual permite apreciar si los votantes de cada partido se encuentran distribuidos en forma homogénea o heterogénea. A mi parecer, éste es un índice muy importante particularmente en el caso de México, ya que permite —por ejemplo— diferenciar el comportamiento electoral urbano del rural y la forma en que distorsiona los resultados electorales globales.

Según Aranda, este índice se calcula obteniendo la diferencia entre el porcentaje de votos que obtiene un partido en cada región y el porcentaje de electores que hay en la misma; después, añade, la suma absoluta de estas diferencias se divide entre dos. Según afirma, el índice de dispersión regional (CRI) varía entre 0 y 1, y entre más cercano es a 0 reparte su apoyo electoral de forma más pareja entre las regiones, por lo que resulta menor su concentración en una región. La fórmula a mi parecer sería:

$$CRI = \frac{\sum_{i=1}^n |P_i - e_i|}{2}$$

Donde p_i = porcentaje de votos para cada partido en cada región.

e_i = porcentaje de electores en la región correspondiente.

n = número de partidos.

Ahora bien, es necesario hacer dos aclaraciones. Por un lado, cuando se hace referencia al porcentaje de votos de cada partido en cada región, se trata del porcentaje de votos de cada partido en cada región en relación al total de votos del partido correspondiente. Por otro lado, según mis cálculos, no es cierto que el CRI varíe entre 0 y 1, pues no tiene una fórmula, como la del índice de fragmentación de Rae, derivada de restar algo a 1. Lo que sí es cierto es que entre más cercano es el resultado a 0, mejor distribuido se encuentra el voto.

Asimismo, considero que sería interesante estudiar la dis-

persión regional del voto por partido y comparar los resultados de los diferentes partidos. Ello se traduciría en la fórmula:

$$D_p = \sum_{i=1}^n \left| p_i - e_i \right|$$

Donde p_i = porcentaje de votos de cada partido en cada región, en relación a la votación total del partido.

e_i = porcentaje de electores en la región correspondiente.

n = número de regiones.

Entre mayor sea el valor obtenido, más disperso se encuentra el voto.

Bibliografía

Alcántara Sáez, Manuel, "Un esquema de análisis para los estudios de los partidos políticos en procesos de transición: fundación frente a tradición", en *Paper 49*, Universidad Autónoma de Barcelona, 1996, pp. 33-46.

Aranda Volimer, Rafael, *Poliarquías urbanas. Competencia electoral en las ciudades y zonas metropolitanas de México*, México, IFE/Porrúa, 2004, 420 pp.

Blondel, Jean, "Party Systems and Patterns of Government in Western Democracies", en *Canadian Journal of Political Science*, núms. 1-2, 1968, pp. 180-203.

Buendía Laredo, Jorge, "El cambio electoral en México, 1997-2003", en Arturo Valenzuela *et al.*, *El cambio político en México*, México, IEDF, 2004.

Carrillo, Ernesto, "La nacionalización de la política local",

en *Política y Sociedad*, núm. 3, Madrid, Universidad Complutense, 1989, pp. 29-46.

Gibson, Edward L., "Subnational Authoritarianism: Territorial Strategies of Political Control in Democratic Regimes", *American Political Science Meeting*, septiembre 2004.

Gimpel, James, *National Elections and the Autonomy of American State Party System*, Pittsburgh University Press, 1996.

Herfindahl, Orris, *Concentration in the Steel Industry*, Columbia University, PHD diss., 1950.

Hernández Rodríguez, Rogelio, "The Renovation of Old Institutions: State Governors and the Political Transition in Mexico", mimeo, 2002.

Laasko, Markku y Rein Taagepera, "Effective Number of Parties. A Measure with Application to West Europe", en *Comparative Political Studies*, vol. 12, núm. 1, abril 1979, pp. 2-27.

Lipjhart, Arend, *Modelos de democracia. Formas de gobierno y resultados en treinta y seis países*, Barcelona, Ariel, 2000, 315 pp.

Molinar, Juan, "Counting the Number of Parties: an Alternative Index", en *American Political Science Review*, vol. 85, núm. 4, diciembre de 1991.

Pacheco, Guadalupe, *Caleidoscopio electoral. Elecciones en México, 1979-1997*, México, IFE/UAM/FCE, 2000.

Padilla, Macayo, David, *Decadencia electoral del partido hegemónico, 1929-2000*, México, UNAM/FCPyS, tesis de maestría, 2002, 204 pp.

Pedersen, Mogens N., "The Dynamics of European Parties Systems: Changing Patterns of Electoral Volatility", en *European Journal of Political Research*, vol. 7, núm. 1, marzo 1979, pp. 1-26.

Rae, Douglas, *Leyes electorales y sistemas de partidos políticos*, Madrid, CITEP, 1971.

Reyes del Campillo, Juan, "Los resultados electorales", en *El Cotidiano*, septiembre-octubre, 1997.

Rose, R y D. W. Urwin, *Regional Differentiation and Political Unity in Western Nations*, Londres, Sage, 1975.

Sirvent, Carlos (coordinador), *Alternancia y distribución del voto en México*, México, Gernika/UNAM, 2001.

Sirvent, Carlos, "Las elecciones de 1997, el voto por la alternancia", en *Estudios Políticos*, México, UNAM/FCPyS, septiembre-diciembre, 1997.